

REFLEXIONES INTRASCENDENTES SOBRE LA CULTURA AGRARIA

No es infrecuente que amigos y conocidos que desarrollan su vida profesional en campos tan diversos como la abogacía, el periodismo o la ingeniería me consulten algunas dudas sobre la correcta utilización de palabras o respecto al significado de expresiones relacionadas con el mundo agrario.

Ayuda a ello mi natural disposición a la pedagogía en estos asuntos por lo que son habituales preguntas de este tipo: ¿haza y besana son palabras sinónimas?, ¿la fanega es una medida de capacidad, de peso o de superficie?, ¿a cuántas hectáreas equivale un Kilómetro cuadrado?, ¿cómo se determina el rendimiento cárnico de un vacuno?, etc., etc.

Todos ellos esperan de mí respuestas breves y contundentes que les permitan salir del atolladero y volver pronto a sus ocupaciones principales.

Quieren, sin decirlo, recetas. Es decir, respuestas casi telegráficas, y en consecuencia débilmente elaboradas, extraídas de una especie de “Agropedia”, evitando así profundizar y con ello entender un mundo, el agrario, en el que se encuentran incómodos.

No tardo en defraudarles. Cuando trato de responder a sus consultas con explicaciones en las que los matices toman el protagonismo se adivina en sus caras cierto desasosiego, y como reacción natural un velado rechazo a un mundo para ellos desconocido.

Ante esa inquietud trato de “consolarles” con la afirmación de que el mundo agrario es complejo pero no inaccesible y que para conocerlo se necesitan, además de la curiosidad e interés, algo de trabajo y tiempo. Conceden en lo primero pero no en lo segundo. El tiempo es para ellos un valor muy escaso y que deben aplicarlo en cosas “más prácticas”.

A pesar de ser consciente de que esas actitudes son las dominantes en la sociedad actual, yo persevero en mi cruzada particular en la idea de que esos conocimientos, esa cultura agraria como me gusta llamarla, supere el ámbito de círculos restringidos y esa tarea de divulgación es la que me ocupa en algunos de mis escritos.

El empeño no es fácil. El término en sí mismo, cultura agraria, puede que incluso levante alguna sonrisa mal intencionada en algún erudito del lenguaje e incluso en algún antropólogo.

Hay que empezar diciendo que la cultura agraria, al menos como yo la entiendo, tiene su origen y su desarrollo en lo que podemos llamar la explotación del agro y es por lo tanto el resultado de actividades que han tenido y tienen una intención económica.

Esa interacción entre la naturaleza y su utilización por el hombre a lo largo de los siglos configura unas formas y unos modos, es decir una manera de ir por la vida que tienen su reflejo en la llamada cultura agraria.

Se diferencia por tanto de lo rural y de lo rústico en que estos dos conceptos engloban manifestaciones como la etnografía, el folclore y la gastronomía, cuestiones importantes sin duda pero que quedan al margen de la cultura agraria en general y de la intención de este escrito en particular.

Eviten por lo tanto estas líneas todos aquellos que busquen con su lectura los aspectos lúdicos del campo, que los tiene, y cuyas manifestaciones las podrán encontrar en guías y manuales de otro tipo.

Sean bienvenidos por otra parte aquellos otros que siendo ajenos a los asuntos del campo, se acercan a ese mundo con la sana intención de entenderlos y de sacudirse esa inseguridad con la que se enfrentan a los temas agrarios.

La explotación del medio agrario ha estado marcada desde el inicio de los tiempos por los ciclos naturales que vienen impuestos por las estaciones y la meteorología. Entender esto es entender en buena parte la actividad agraria. Plantas y animales acompasan su biología y en consecuencia su actividad productiva a los cambios estacionales.

En esa dependencia, en esa servidumbre, está la raíz de la cultura agraria. El hombre con su esfuerzo trata de domesticar a la naturaleza, incidir sobre sus ciclos e incluso complementarla. Vienen en su ayuda numerosas técnicas como la agronomía, la zootecnia y la silvicultura, pero no siempre son suficientes.

Los reveses y las incertidumbres son constantes y ello marca el carácter de las gentes del campo y de todo aquello que podemos definir como cultura agraria.

Y ya que estamos hablando de reveses, un reflejo de todo lo anterior ocurre cuando algún joven, pariente o no, que se ha acercado recientemente a los asuntos hípicas, disciplina marcada por su proximidad a las cosas del campo, me consulta sobre algún detalle relacionado con su afición. Superando mi pudor sobre esta cuestión, no en vano yo solo me considero un modesto aficionado, trato de aconsejarle. Los problemas aparecen pronto.

A preguntas del tipo: *“Tío, he comprado un potro que monto a cuatro riendas y quiero llevarlo, cuanto antes, sólo con el bocado vaquero, ¿qué me aconsejas?”*, yo le respondo con un sincero ánimo de ayuda.

-Querido sobrino lo primero que te aconsejo es que tengas paciencia. La boca de un caballo es casi el caballo. Todo el tiempo que emplees ahora son satisfacciones para el futuro. Recuerdo que D. Álvaro decía que en la doma de un caballo, ir despacio es la única forma para llegar lejos.

-¡Tío, ya estás tú con tus historias! Necesito algo más concreto.

-¿Algo más concreto?- le respondo con el convencimiento de que he perdido la partida -Bueno, pues ahí va: si ya has superado la etapa del filete yo seguiría haciéndole la boca con un Pelham partido. Primero con las riendas a las argollas grandes, la de los “cañones” del bocado, después ponle otras a las argollas de las “patas”. Tenlo así a cuatro riendas hasta que vayas comprobando que el caballo cede la boca. Entonces es el momento de intentarlo con un bocado vaquero de cañones gruesos y “desveno” poco pronunciado, muy suave, con “patas” no muy largas. Las cuatro riendas, con dos unidas a las argollas finales de las “patas” y las otras dos, las falsas, a los “farolillos”. Tras un tiempo pásale las falsas riendas a los “pilarillos” de la “media caña”. La “cadenilla”, al principio no se la aprietes mucho y si es posible empieza con una que esté forrada, para más tarde ponerle una sin protección y ajustada en los “alacranes”.

Cuando el caballo recoja bien la cara y suba la nuca, es decir cuando el caballo vaya impulsado, “reunido” y “en la mano” es el momento de llevarlo sólo con las riendas del bocado. Todo esto te puede llevar varios meses.

Mi sobrino, mas por educación que por respeto, todavía no me había colgado y eso que la perorata que le había colocado bien que lo merecía. Su buena crianza, de eso se ha encargado mi hermana, le lleva a contestarme: *“¿Puedes mandarme un correo con ese detalle? Ya te iré informando de los avances. Un beso”*.

Algo, después de estas experiencias, me hace pensar que la batalla está perdida, o casi. Los modos y las formas de los nuevos tiempos en los que a todo esfuerzo se exige un retorno, un resultado inmediato, no ayudan a todo lo que suponga un aprendizaje paso a paso.

Por otra parte, en un ejercicio de autocrítica, no es menos verdad que los que saben o sabemos algo de los asuntos del campo lo hemos guardado como un conocimiento poco accesible a los demás y con un cierto desdén a todos los que se acercan a su conocimiento desde una perspectiva urbana. Éstos, en cualquier caso, pagan a los llamados agrarios con la misma moneda. La palabra “rústico” en sus labios no está exenta de cierto desprecio.

El asunto en cualquier caso no es nuevo; la dualidad campo-ciudad y la más general entre “provincias” y “corte”, impregna a toda la literatura de los siglos XVII al XIX. Con el siglo XX y la urbanización de la sociedad, el mundo agrario pierde peso económico y la cultura agraria no deja de ser hoy un hecho casi residual apoyado sólo por unos pocos que son tachados, en el mejor de los casos, como nostálgicos.